

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8080

PRECIOS DE SUSCRICION.

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo de caso de obligación legal.—A. administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 5 de Setiembre de 1888

CURA inmediatamente toda clase de vómitos y Diarreas (de los tísicos, de los viciados, de los niños) Colera, Tifus, Gástricos y vómitos de las embarazadas. **DISMEDIO** **COMBADO** **MINAS PEREZ** DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LA CHINA CENTRO DE NOVEDADES Vías y Sánchez Marina Española, 49, Cartagena

Al contado cinco por ciento de bonificación en las compras que excedan de 25 pesetas

Lanas inglesas para caballero

CONFECIONES

TERCIOPELOS

ZOLLVEREIN AMERICANO

Mientras que las naciones europeas no se preocupan sino de arrumarse mutuamente manteniendo en pie de guerra contingentes extraordinarios de fuerzas militares; mientras que abruman con impuestos su agricultura y su industria engareciendo los objetos de primera necesidad; mientras contratan empréstitos formidables, cuya enormidad anuncia la bancarota; mientras que se construyen ferrocarriles no para aproximar las producciones á los consumidores, sino para que unos pueblos puedan atacar con mayor prontitud á sus vecinos; allá al Oeste, al otro lado del Atlántico, sobre el nuevo continente, una amenazadora tempestad que se ha formado y va creciendo por momentos, se halla en el punto de estallar. No la ven Francia ni Alemania, no la ve Inglaterra, no la ve Portugal, no la ve España; aunque todas se hallen igualmente amenazadas.

El Congreso de los Estados-Unidos acaba de poner á disposición de presidente de la República, una suma de 100000 pesos para las primeras medidas que deben adoptarse en vista de la realización de un plan que tiende á arrojar los productos europeos de la inmensa región de la América del Sur.

La cifra de negocios de la América española y portuguesa equivale, según los autores del proyecto que nos ocupa, á 2500 millones de pesetas como exportación y á 2000 millones de importación. Sobre estas cifras, la Europa, representada principalmente por Inglaterra, Francia y Alemania, toma parte por 65 por 100 en las exportaciones, y suministra el 84 por 100 de las importaciones. Los Estados-Unidos 35 y 16 por 100.

Hay ahí como se ve una rica presa y los yankees intentan hacerla suya al grito altanero de Monroe «América para los americanos» que hasta aquí no había tenido más que una significación política y de defensa. Hoy se le quiere dar un carácter económico y agresivo.

Los Estados-Unidos, por boca de su Congreso federal y de su Presidente, han dicho recientemente á las repúblicas hispano americanas de la América del Norte, de la América del Centro, de la América del Sur y al imperio del Brasil:

«Nuestra industria es hoy día tan potente y está tan perfectamente organizada que no podemos consumir todo cuanto produce; vosotros, por vuestra parte, encontráis en nuestro país y en Europa fuertes derechos de aduana y obstáculos para la venta de vuestras materias primeras ¿Queréis que nos entendamos? ¿queréis crear un territorio aduanero común? ¿queréis recibir sin derecho nuestros productos industriales y nosotros recibiremos de igual manera vuestras primeras materias? De común acuerdo proscribiremos, vosotros los productos industriales de Europa, nosotros las primeras materias análogas á las vuestras procedentes de todas las partes del globo. Constituiremos con este procedimiento un mercado autónomo de 120 millones de consumidores y de productores, que se elevarán á 240 dentro de veinte años y á 500 millones dentro de cincuenta años. Nosotros os suministraremos para vuestro desarrollo capitales, ingenieros y comerciantes. Estableceremos además un tribunal de arbitraje que resolverá pacíficamente las dificultades internacionales que pudieran ofrecerse y que nos evitará los enormes gastos militares bajo los que la Europa sucumbe.»

Tal es el propósito, unido al establecimiento de una moneda uniforme de plata, construcción de un camino de hierro que, partiendo de la frontera mejicana, seguirá al pie de las Cordilleras y de los Andes, espina dorsal del continente americano hasta el extremo de la Patagonia, unida además á los demás países por líneas regulares de vapores.

Tal es el propósito, repetimos, aparente por lo menos, del Congreso que debe reunirse en Washington en Abril de 1889, al tiempo que se celebrará el cenenario de la constitución.

Todos los Estados independientes de América han aceptado la invitación, y hasta los canadienses están inquietos é intranquilos pensando que su sujeción á la corona británica les impide tomar parte en la realización de un proyecto que interesa tan gravemente á su porvenir.

Como prueba primera de buena voluntad para atravesar la República Argentina, cuya falta de adhesión hubiera podido hacer fracasar el proyecto, el Congreso de Washington ha comenzado por abolir los derechos sobre las lanas de la Plata, uno de los principales productos de aquel país.

Los Estados hispano americanos bien que resueltos á hacerse representar en el Congreso continental del Nuevo Mundo, vacilan mucho en punto á adquirir compromisos. Se les alcanza perfectamente que la aceptación del proyecto de Zollverein, les colocaría bajo la tutela económica y hasta política de los Estados-Unidos, y se vuelven hacia Europa y preguntan: ¿Qué nos proponéis por vuestra parte? Tenemos precisión de dar salida á nuestros productos industriales y en cambio necesitamos

capitales y brazos; ¿todo esto lo tenéis vosotros, ¿nos lo que queréis suministrar?

Desgraciadamente los llamados hombres serios que gobiernan los Estados europeos, están pre-ocupados exclusivamente por los peligros de conflictos sangrientos, y los otros políticos se encuentran empeñados en querrelas personales.

Variedades.

EL PERRO DEL REGIMIENTO.

Brifón.... Así se llamaba el perro cuya historia voy á contar. Figuraos un mastin corpulento, con una magnífica cabeza de león, grandes ojos de gacela, dulces y expresivos, ojos que reían y lloraban según las ocasiones, y para completar su carácter, un perro que no se encolerizó nunca. Como era bueno, jamás atacaba; como era fuerte, los perros pasaban sin meterse nunca con él.

Brifón tenía tres pasiones; los caballos, el azúcar y los niños. Dormía en la cuadra delante de los caballos, y tenía una gran predilección por uno de ellos, Coconas, á pesar de que éste tenía un genio de pocos amigos. Ocurría á veces que Coconas cogía con los dientes á Brifón y le suspendía y columpiaba en el aire. Humillado más que incomodado por este balanceo, el perro lanzaba un sordo y prolongado gruñido, el caballo entonces soltaba su presa, y para demostrarle que no le guardaba rencor, su amigo le saltaba al cuello y le lamía largo rato.

Brifón comía con los oficiales; se había hecho una excepción en su favor, justificada por su limpieza y por su discreción. Se presentaba á la hora de la comida con una exactitud militar. Recuerdo que mi perro anduvo indignado conmigo tres días que se me olvidó en cierta ocasión hacerle comprender que el almuerzo se había señalado para media hora antes; cuando entró, salíamos ya del comedor y le acogido con una inmensa carajada; me buscó con los ojos y me miró con una mirada llena de amargura. Enseguida se retiró, y supe después que había ido á pedir hospitalidad en otro comedor donde no habían sido modificadas las horas.

Brifón, como queda dicho, era el amigo de los niños. Todos los muchachos, todas las chiquillas del regimiento y de la ciudad le amaban, le acariciaban y le llamaban por su nombre. El perro se aprovechaba de estas simpatías, que le valían en todas partes multitud de golosinas. Un día la mujer de mi capitán me hizo saber por su marido que había convidado á veinte ó veinticinco niños de ambos sexos, camaradas de sus dos hijos. Me rogaba que enviara el perro y que le hiciera ejecutar sus mejores habilidades. Brifón era un perro sabio.

La señora de la casa me rogó que abriera yo la sesión. Hice señal á mi perro, que fué á instalarse sobre una silla, el cuerpo apoyado en el respaldo y las patas delanteras dobladas graciosamente.

—Veamos, Sr. Brifón, le dije, ¿qué hacen en la escuela estos caballeros y estas señoras mientras les explican la lección?

Brifón abrió lentamente su auncha mandíbula y bostezó tres veces consecutivas.

—Ahora, Sr. Brifón, vas á darnos á conocer al más glotón de los que se hallan presentes. ¿Es esta niña? ¿Es esta otra...?—El perro se movió.—¿Será por casualidad este caballero?

Brifón movió dos veces su cabeza de alto á bajo.

—Y después de comer una buena ración de pasteles, ¿qué es lo que hace?

Brifón se acarició varias veces el vientro con su gruesa pata.

Excusado es decir las risas y la algazara que provocaban en la galería estos incidentes. Siguiéron algunas otras revelaciones de esta naturaleza. Después terminé con un golpe de habilidad. Ceñí mi cinturón alrededor del cuerpo de Brifón, le puse la pata derecha en la guardia de mi sable, le ajusté á la cabeza machacó, y le puse, en fin, un gran terrón de azúcar sobre la nariz.

—Oído, Sr. Brifón. ¡Preparen armas..... apunten..... fuego!

A la voz de fuego, el perro lanzó el pedazo de azúcar hasta el techo, y le recibió en la boca sin abandonar la posición.

La fiesta estaba terminada, y me despedí de la mujer del capitán, mientras que Brifón recibía las caricias y los besos de sus camaradas los niños.

A siete kilómetros de la ciudad había una magnífica quinta perteneciente á M. Enrique de C..., un amigo mío de la infancia. Viví allí con su mujer y una encantadora niña de siete á ocho años.

Una ó dos veces por semana solía yo ir á la *Fresnaye*. Grande era el gozo de Brifón cuando veía á Coconas tomar la dirección del castillo; no hay para qué decir que Paulina de C... era su amiga más íntima. Nada más gracioso y conmovedor á la vez que ver los juegos de la chiquilla y del perrazo. Era un jolgorio indescriptible, en que corrían hasta perder la respiración por el campo y á través de las alamedas del parque.

Cuando Paulina se sentía fatigada, acostábase sobre el césped, apoyando su cabecita sobre el cuerpo de su amigo, extendido á su lado, y se dormía confiada entre sus patas.

Como todos los niños mimados, Paulina era exigente, y había querido que, como el mío, el cubierto de su amigo fuese puesto á la mesa. Le ponía una servilleta al cuello y le servía de todos los platos... Hay que reconocer que la postura correcta y digna del extraño convidado, nada dejaba que desear.

Por entonces mi regimiento recibió el orden de partir para Africa. Ciertamente amaba mucho á mi perro; pero ante las instancias de Enrique de C... y de su mujer, y sobre todo, los sollozos desgarradores de la desolada Paulina, hube de ceder, y mi fiel compañero se convirtió para siempre en huésped del castillo de la *Fresnaye*.

Un año después en Constantina, recibí una carta de Enrique, anunciándome la muerte de Brifón. Este bravo animal no debía morir como un perro vulgar. Hé aquí la relación de su lamentable fin:

Una tarde del mes de Agosto, Paulina y su amigo jugaban al escondite á la sombra de los árboles. La señora de C..., asomada á la ventana, vigilaba los juegos, contenta de contemplar aquel gracioso cuadro.

—Voy á esconderme, Brifón; quédate ahí no mires.

Mientras hacía esta recomendación, la niña corría retrocediendo; de pronto sus pies se enredaron al borde del estanque y cayó al agua.

La señora de C..., viendo desaparecer á su hija, lanzó un grito estridente, saltó de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, y corrió medio loca. Pero el trayecto era largo, muy largo.

Por fortuna, Brifón había oído el ruido de la caída; en dos saltos llegó al agua y se sumergió... Cuando llegó la señora de C..., anhelan-